

NICOMEDES GUZMAN

por

Héctor Fuenzalida

Nicomedes Guzmán murió en plena juventud literaria de un mal que lo consumió prematuramente. No fue larga esa dolorosa etapa, bien es cierto, desde el momento en que él pudo tener conciencia de su término. Esa conciencia la revela la mirada ansiosa de las fotografías de su enflaquecimiento cuando el fin iba dibujando los signos letales sobre la piel, en contraste con cierta firmeza del espíritu asomado a las pupilas en su lucha entre vida y muerte, entre la sangre y la esperanza.

Murió, digo, en plena juventud del ánimo, luchando a brazo partido por dar forma a su literatura, a su estilo, limando las impurezas ajenas, para imponer las de su propia manera, la que conjeturaba para su obra.

Estaba lleno de una áspera poesía patente en sus relatos. Era chileno hasta el residuo más bajo y sórdido de sus descripciones, donde siempre podía hallarse el signo de ese amor infinito por su tierra, sus hombres, la ternura por los niños, los animales y la naturaleza que le rodeaba. Sabía comunicar ese amor en imágenes fuertes y violentas que daban a veces en el blanco con admirable exactitud, en medio del curso de sus relatos.

Su obra se resiente, sin embargo, en esta lucha, y queda inmadura en el torbellino de una composición tan rica como desordenada. Se detiene, da saltos inesperados, se le ve caer en renunciadas al buen gusto; pero de todas estas contingencias se salva, entera, por la fuerza y el colorido, por lo dramático de los conflictos, por la variedad de su pintura descarnada aun en el límite de lo tolerable y de lo que pareció siempre ajeno a todo arte.

Sus medios expresivos eran escasos; su léxico también. No era literato. El quiso desentenderse, justamente, de ese compromiso con las letras que lleva a las estilizaciones y las esterilizaciones. Fue simplemente un artista del pueblo que supo conservar su impulso original. Para crear necesitaba solamente mirar, juntar los materiales de la realidad misma, sin aderezo alguno, y expresar lo que sentía, lo que veía o había visto, sin reparar en los grados de la saturación y la fatiga.

No torció nunca la senda trazada. No podía. No dispuso de medios persuasivos para lograr favores, buscar la crítica, seleccionar lectores fá-

ciles o difíciles. Pero, cuesta arriba, halló editores, librerías y prólogos entusiastas por la sola virtud de sus méritos. Sus libros estaban en todas partes, a veces olvidados y abandonados, leídos o releídos, sucios con la huella digital y vejatoria del paso de los lectores. Vendía sus libros caminando como un falte con su saco lleno de ediciones, sudoroso, transeúnte, por la calle, las oficinas, los bares, oteando clientes para su venta ambulante. Así eran sus mañanas, sus noches fatigosas, llenas de pequeños compromisos mercantiles, en duro batallar.

Al verlo en esos afanes cotidianos uno se preguntaba a qué horas podía escribir, dónde hacía su retiro de escritor, cómo nacieron "Los Hombres oscuros", cómo pudo dar cima a "La Sangre y la Esperanza". Libros compuestos en la tregua acre del vino, la fatiga y los desengaños, no pudieron ser sino lo que son, reflejo fiel de su experiencia y los turbios recuerdos, asidos al subconsciente como su única riqueza.

Pero si no es tarea sencilla imaginar esta peripecia por la realización de la obra creadora, aún resulta más difícil concebir la labor del antologista de *Autorretrato de Chile*, de *Nuevos cuentistas chilenos*, de Baldomero Lillo, Pezoa Véliz y Marta Brunet, porque ello implica un conocimiento dilatado y largo de cada tema, un caminar reposado entre libros, estampas y recuerdos, un alto prolongado y estudioso para la selección y ordenación de los materiales.

El *Autorretrato de Chile*, es vivo y novedoso, es múltiple, vario y calificado. Está la tierra, están los hombres, está su geografía, están las costumbres, sus comidas, sus danzas, el habla cristalina del pueblo, sus pájaros, sus animales, sus mares, sus cordilleras, en minuciosa formación e información sacada y extraída de los textos más veraces, como de un diccionario de autoridades de la tierra, con indiscutible buen gusto.

No menos completas son las antologías de Lillo, de Pezoa Véliz y Marta Brunet a quienes admiró sin reservas. Allí, el amor también, que pasó y repasó las excelencias, supo extraer de lo bueno, el zumo de lo mejor.

El cantor de *La ceniza y el sueño*, de 1938, poemario con que se asoma a la literatura a los 24 años, busca su camino en la novela, siete años después, en la que gana un prestigio seguro con "La sangre y la esperanza". Premio Municipal de 1943. Es un autor que apenas bordea los treinta años. El libro le da resonancia y este éxito vuelve a repetirlo, aunque sin sorpresas, en los veinte que le restan de vida, con sus otros relatos *Donde nace el alba*, *La carne iluminada*, su autoantología *El pan bajo la bota*; *Los hombres oscuros* y *La luz viene del mar*.

Tiene esta obra principal una gran facilidad en el relato y posee todas las cualidades y defectos que se advierten en el autor.

La sangre y la esperanza, aparece en un momento en que en Chile se asoman destellos renovadores y el libro escrito en un lenguaje rudo, ma-

tizado de escenas de cruda realidad, valiente, lo coloca de inmediato en los cauces de avanzada. Traspasa el límite de la audacia sin alarde alguno. Nadie que lo lea podrá dejarlo sin confesar que el espanto que en él se refleja es la pura realidad en que se agitan sus personajes. Acaso haya demasiado empeño en hallar la nota patética, en el rastreo del fango de las pasiones y el dibujo de dramáticos contrastes.

Nicomedes desaparecido a los cincuenta años escasos deja una obra que se distingue nitidamente en el campo literario chileno. Es digna de estudio y ahora podrá saberse, cuando corran los años después de su muerte, cuánto ella significó en la liberación de los convencionalismos, en la rudeza de sus formas, para abrir a la novela chilena un ámbito que extiende sus dimensiones en lo más profundo del dolor humano y en lo más desesperado de su lumpen social.

Para eso había que tener el valor de afrontar la experiencia, la valentía y el talento de revelarla y confesarla paladinamente, en su propio lenguaje.

La vida entera de un hombre entero.

